

REVISTA MOMOMO

SUMARIO

DANIEL

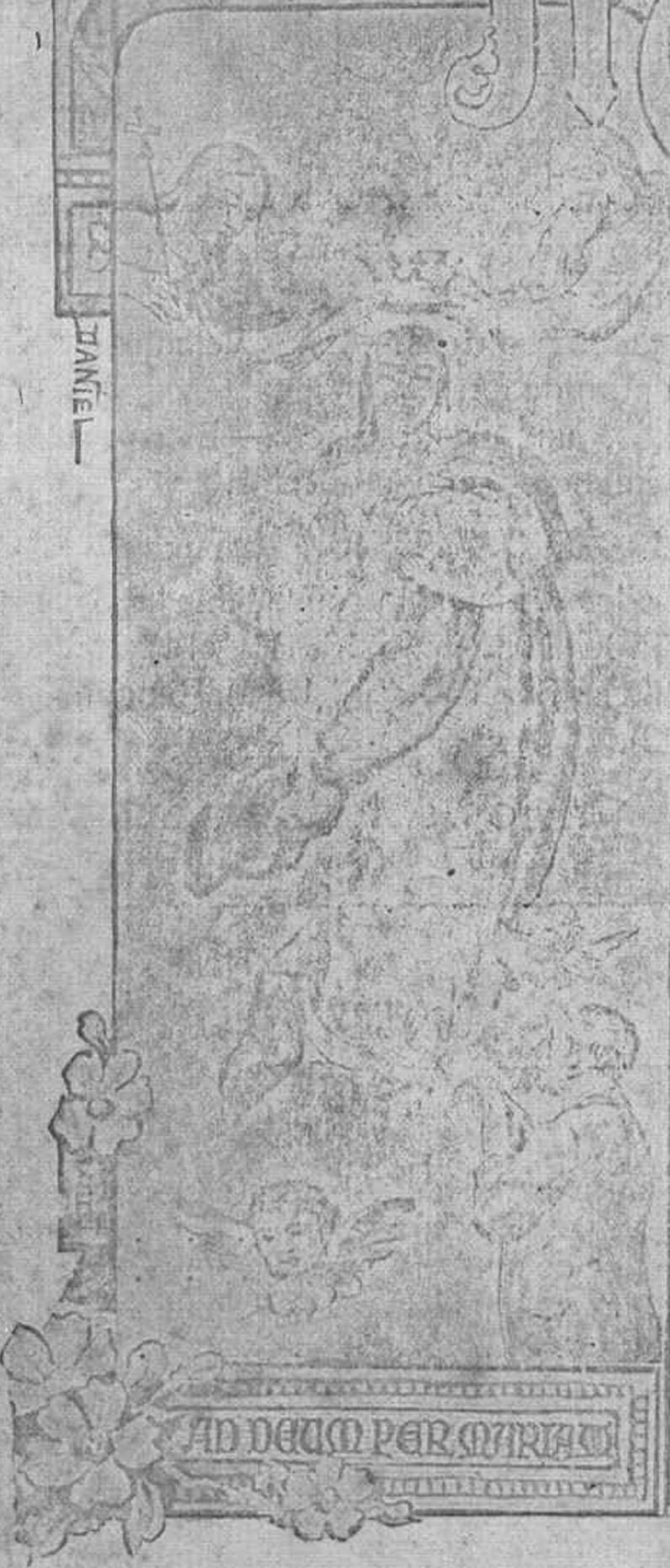


Imagen de la Virgen de las Huertas (fotografiada).—El Misterio de amor y la poesía española, por *M. Menéndez Peláyo*.—La Cruz, por *Tomás de Kempis*.—La oración de la noche y el laicismo, por *Alfonso M. Gubianas, O. S. B.*—Examen de conciencia, por *Pierre L'Ermitte*.—Un gran ejemplo que imitar, por *Borja*.—¡Pensemos en los niños!, por *María de Echarri*.—La Virgen de las Huertas.—Enseñanzas de lo alto. Sobre la peligrosa pendiente.—La cieguita del Gólgota, por *José Zahonero*.—De mis recuerdos, por *José M. de Pereda*.—Bibliografías.—XXXIII Congreso Eucarístico Internacional.—Los que cruzáis sedientos (poesía), por *Vicente Paniagua, S. J.*—Teatros y Cines.



AÑO XIV

NÚMERO 152

Córdoba y Abril de 1936

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6,



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Postas		Postas
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco vlsitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XIV

CÓRDOBA Y ABRIL DE 1936

Núm. 152



La Virgen de las Huertas

que se venera en la parroquia de San Francisco y
San Eulogio de esta ciudad

El Misterio de amor y la poesía española

Es este Misterio de amor centro de la vida cristiana, lazo estrechísimo entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre; Sacramento augusto de la ley de la Gracia, que en él recibe su perfección y complemento, mediante la comunión substancial del Sacratísimo Cuerpo de Cristo velado en las especies eucarísticas.

Este sacrificio perenne e incruento, que cada día se ofrece en innumerables aras, es promesa de inmortalidad y prenda sacrosanta del rescate humano.

Por él forma la cristiandad un cuerpo místico que recibe la sabiduría de su Divino Fundador y liga a todos sus miembros con vínculos de caridad indisoluble. Sin la inmolación perpétua de la Víctima Sagrada no se concibe ni el sacerdocio ni el altar. La vida parece como que se disipa entre las nieblas de un intelectualismo vago, sin llama de amor ni eficacia en las obras. Este único y verdadero sacrificio no es sombra y figura como los de la Ley Antigua, sino realidad presente y eterna, renovación del sacrificio del Calvario, que salva a todo hombre que quiere salvarse. En él está la raíz del orden religioso, y por él se difunde en nuestra naturaleza regenerada, transfigurada el raudal de la Gracia.

Pero este raudal a todas partes llega, y no hay facultad humana que en sus aguas no se purifique, cuanto más aquella tan noble y excelsa, que a nuestro espíritu fué concedida, de manifestar, por medio de imágenes sensibles, la belleza, *pura, inmóvil y bienaventurada*, como Platón la columbró en sus ensueños; como la Revelación cristiana, no en la vaga región especulativa, ni encubierta bajo las sombras y cendales del mito y de la alegoría, sino viva, triunfante y

gloriosa en la persona del Verbo Encarnado, fuente de todo bien y toda sabiduría. El arte, pues, y cada una de las artes, principalmente el arte de la Poesía, que por su universalidad parece que la comprende a todas, ha sido en el pueblo cristiano, y sobre todo en el nuestro de la Edad de oro, una forma de enseñanza teológica, una cátedra abierta a la muchedumbre, no en el austero recinto de las escuelas, sino en la plaza pública, como en los días triunfadores de la democracia ateniense, a la radiante luz de nuestro sol nacido para reverberar en las custodias y convertirlas en arenas de oro. Con tales alas volaba el genio de nuestros poetas, ante millares de espectadores de imaginación fresca y dócil, de entendimiento despierto y ágil para seguir las más útiles abstracciones, y de voluntad tan perseverante y firme como recio era su brazo, templado en todos los campos de batalla del mundo».

«Así nació aquel género dramático, tan pronto y peculiar nuestro, que a duras penas consiguen los más eruditos extranjeros darse cuenta de su especial carácter, y no son pocos los que con notoria impropiedad le usan como nombre genérico de todo representación a lo divino. Los *autos sacramentales* tiene un tema único, aunque de fertilidad inagotable y desarrollado con riquísima variedad de medios y recursos artísticos: el dogma de la presencia eucarística. Este dogma es el que en las obras de nuestros poetas reduce a grandiosa unidad toda la economía del saber teológico, y reviste de símbolos, a un tiempo palpables y misteriosas, la historia y la fábula, el mundo sagrado y el gentil, los áridos esquemas de la dialéctica y los arrobamientos del mundo místico, para ofrecerlo todo, como en un haz de mirra, ante las aras del Divino Pan multiplicado en infinitos granos.

M. MENÉNDEZ PELAYO

LA CRUZ



En la cruz está la salud y la vida. En la cruz está la defensa de los enemigos. En la cruz está la infusión de la suavidad Soberana. En la cruz está la fortaleza del corazón. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfección de la santidad. No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna, sino en la cruz. Toma, pues, la cruz y sigue a Jesucristo e irás a la vida eterna. El vino primero, y llevó su cruz, y murió en la cruz por tí, porque tú también la lleves y desees morir en ella. Porque si murieses juntamente con El, vivirás con El. Y si fueres compañero de la pena, serlo has también de la gloria.

Mira que todo está en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otra vía para la vida y para la verdadera y entrañable paz, sino la vía de la santa cruz y continua mortificación. Ve donde quisieres, que no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo. Dispón y ordena todas las cosas según tu parecer y querer, que no hallarás sino que has de padecer algo por fuerza o de grado. Y así siempre hallarás la cruz. O sentirás dolor en el cuerpo, o tribulación en el espíritu. A veces te dejará Dios, a veces te perseguirá el prójimo.

Y lo que peor es, muchas veces te descontentarás a tí mismo, y no serás aliviado con ningún remedio ni consuelo: más conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere: porque quiere Dios que aprendas a sufrir la tribulación sin consuelo y que te sujetes del todo a El y te hagas más humilde con la tribulación. Ninguno siente así, de corazón, la pasión de Cristo, como aquel a quien acaece sufrir cosas semejantes. Así que la cruz siempre está aparejada, y te espera en cualquier lugar. No puedes huir donde quier que

fueres: porque por más que huyas, llevas a tí contigo y siempre hallarás a tí mismo.

Vuélvete arriba, vuélvete abajo, de dentro y de fuera, que en todo hallarás la cruz: y es muy necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer perpétua corona.

Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, a donde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste y háceste más pesado: y todavía conviene que la sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede ser más grave.

¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo? ¿Quién de los santos fué en el mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo, por cierto en cuanto vivió no estuvo una hora sin dolor de pasión. Porque convenía que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y así entrar en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino sino este camino real de la santa cruz?

Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio, y tú ¿buscas para tí holganza y gozo? Yerras, yerras, si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones: porque toda vida mortal está señalada de cruces, y cuanto más altamente alguno aprovechar en el espíritu tanto más graves cruces hallará muchas veces: porque la pena de destierro crece más por el amor.

Mas este tal así afligido de tantas maneras no está sin el remedio de la consolación; porque siente el gran fruto que le crece por llevar su cruz. Porque cuanto más se sujeta a la cruz de su voluntad, tanto más la carga de la tribulación se convierte en confianza de la divina consolación. Y cuanto más se quebranta la carne para la tribulación, tanto más se esfuerza el espíritu por la interior consolación. Y algunas veces tanto es confortado del afecto de la tribulación y adversidad

por el amor de la conformidad de la cruz de Cristo que no quiera estar sin dolor y tribulación: porque se tiene por más acepto a Dios, cuanto más y más graves cosas pudiere sufrir por El. Esto no es virtud humana, sino gracia de Jesucristo que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acomete y ama con fervor de espíritu.

No es según la humanidad llevar la cruz, amar la cruz, y castigar el cuerpo, y ponerlo en servidumbre, unir las sombras, sufrir de grado las injurias, despreciarse a sí mismo y desear ser despreciado, y sufrir toda cosa de prosperidad en este mundo. Y si miras a tí no podrás por tí cosa alguna de estas; más si confías en Dios, El te dará fortaleza del cielo y hará que te obedezca el mundo y la carne, y no temerás al Diablo si fueres armado de fe y señalado de la cruz de Jesucristo.

Aparéjate, pues, como bueno y fiel siervo de Cristo a llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor, crucificado por tu amor. Aparéjate a sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida y así será contigo Jesús donde quiera que fueres, y de verdad que halles a Jesús donde quiera que te escondieres. Así te conviene, y no hay otro remedio para escapar el dolor y la tribulación de los males, sino sufrir. Bebe con deseo el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo, haber parte con El. Encomienda a Dios las consolaciones, y haga su Divina Majestad lo que más le pluguiere. Y tú dispón tu voluntad a sufrir las tribulaciones y estimarlas por grandes consolaciones: porque no son condignas las pasiones de este tiempo para merecer la gloria venidera que se revelará y descubrirá en nosotros, aunque tú sólo pudieses sufrirlas todas.

TOMÁS DE KEMPIS,

La oración de la noche y el laicismo

—:—

Este sencillo y breve ensayo de las relaciones existentes entre la sagrada liturgia y el laicismo, quedaría sumamente imperfecto e incompleto, si nos contentásemos con lo apuntado anteriormente. Es verdad que nos hemos ocupado de la plegaria litúrgica que cada día la santa Iglesia dirige al Altísimo. Pero no solamente ruega la mística Esposa de Jesucristo, durante las diversas horas del día. Ella tiene instituida también una plegaria para santificar las diversas horas de la noche. Es la plegaria, precisamente, más solemne, más rica en elementos elevadores del espíritu a Dios, es la plegaria mediante la cual el alma se coloca en las mejores disposiciones para oír la voz de Dios que habla a lo más íntimo de su ser para iluminarle, para acrecentar su fe, fortalecer su esperanza e inflamar su caridad.

La plegaria litúrgica de Maitines supone en el alma que la practica un perfecto alejamiento de cuanto propone y defiende y procura el laicismo. La plegaria litúrgica de Maitines es una de las más sabias instituciones del cristianismo, no solo en cuanto con ella procura cumplir el precepto del Señor: «Es necesario orar siempre»; sino en cuanto ella procura que el trato del alma con su Dios sea más íntimo, más profundo, de tal suerte que quede como sumergida en su mismo Señor y Creador. La plegaria litúrgica de Maitines semejante a la lluvia que cae en tierra bien dispuesta y preparada, prepara y dispone el alma para que produzca la mas hermosas flores de las virtudes, y los más sabrosos frutos de las buenas obras. La plegaria litúrgica de Maitines es una lección que enseña y propone lo que hacen los bienaventurados en el Cielo. La plegaria litúrgica

de Maitines demuestra con el más elocuente de los argumentos que el hombre no ha nacido tan solo para comer y trabajar, sino que su destino supremo es el de alabar, venerar, adorar y servir a Dios:

Supuesto que no nos es posible examinar ni estudiar todas y cada una de las partes de esta oración litúrgica por excelencia, su invitación a adorar al Señor, sus himnos, sus salmos, sus lecciones, sus enseñanzas y sus elementos los más propios y escogidos para proclamar la existencia de Dios, para hacernos comprender de alguna manera sus excelencias y grandeza inefable, con todo no queremos dejar sin consignarlos los motivos que indujeron a la santa Iglesia para imponer la obligación del rezo de esta plegaria litúrgica.

Ante todo conviene no olvidar en manera alguna, que el ideal de todo cristiano, aquel que siempre debe tener ante su consideración, es el de que su vida debe ser una imitación de su divino Salvador. El cristiano que no procura imitar a Jesucristo, olvida uno de sus más sagrados deberes. Cristiano significa que se debe a Cristo, que es de Cristo y que ha de ser otro Cristo. Ahora bien; Cristo nuestro divino Maestro, no sólo enseñó la necesidad que tenemos de la oración, sino que con su ejemplo nos la predicó con la más convincente elocuencia. Aunque toda su vida fué una no interrumpida plegaria, con todo el santo Evangelio nos advierte que pasaba noches enteras en la oración. El oraba, dice San Ambrosio, no porque tuviese necesidad de la plegaria, sino para darnos ejemplo, para enseñarnos lo que nosotros debíamos practicar. De ahí que los cristianos fervorosos de los primeros siglos, de ahí que los solitarios de los desiertos y los religiosos en sus monasterios, para seguir el ejemplo de Cristo consagrasen gran

parte de la noche a la plegaria, a las divinas alabanzas.

ALFONSO M.^a GUBIANAS, O. S. B.

Examen de conciencia

Comedor de familia acomodada, después de la cena. Esta adivínase que ha sido breve. Sobre el mantel quedan los postres en desorden, medio bollo en un extremo y varias tazas de té, vacías. De los cuatro puestos de la mesa, tres, señalados por otras tantas sillas vacías e igual número de servilletas, dobladas de cualquier manera, están vacantes. El cuarto ocúpalo el cabeza de familia y amo de la casa, que masca melancólicamente un higo paso.

—¡Qué raro me parece encontrarme así..., solo!...

Saca el reloj:

—No son más que las ocho... Pero mi mujer teme siempre llegar tarde... y mis hijos también... En eso salen a su madre...

Coge otro higo:

—Cierto que en esta época del año hay que esperar horas enteras en los confesionarios... Digo, por lo que me cuentan... Porque en cuanto a mí...

Reflexiona:

—¿Cuánto tiempo hace?... ¿Quince años?... No... ¡Doce!... La última vez fué cuando la escarlatina de Máximo... ¡Vaya una medrana que pasé entonces!... ¡Pobre chico; no tenía aún los cinco años completos!...

Tercer higo:

—Cosa rara... Mi mujer no me dice nada... Ni una palabra nunca... ¡Qué listas son las mujeres!... Evidentemente, está al cabo de la calle en el asunto... No me quita ojo... Sólo que ¡¡respete mi «libertad»!!... ¡Qué necios debemos parecerles con nuestra «libertad»!... ¡No!... no caerá hasta el final del viaje..., antes de emprender ese

otro que no tiene vuelta... ¡Ah! Entonces, sin vacilar... Quiero salir decentemente de este mundo... Pero todavía queda margen...

Calcula...

—¿De cuarenta y dos a...?

Pausa.

Alarga la mano al plato de los higos:

—¿De cuarenta y dos a?... ¡Toma! ¡Pues no me he comido todos los higos sin darme cuenta de ello!... Veamos, ¿no habrá otro plato por ahí?... No...

Pensativo:

—¡Con tal que la vida no me dé un chasco parecido!

* * *

Se levanta y se pasea, doblando la servilleta:

—Y el caso es que esas cosas pasan... y todos los días... Ayer mismo fué el sacerdote Ragón, que me enseñó el griego, quien se murió de repente... Y hace un mes le ocurrió lo propio a mi socio de Burdeos... Y yo no estoy más seguro que los demás... Pues entonces... Si fuese lógico...

Medita unos instantes:

—¡Pero no, no estoy bastante seguro aún!... ¡Tengo demasiadas dudas... demasiadas objeciones!

Mete las manos en los bolsillos y se para:

¡Sí, qué de objeciones!... ¡Llueven! Así por ejemplo...

Rebusca en su memoria:

—...La inquisición... Galileo, Torquemada... Y, para variar... Torquemada, Galileo... la Inquisición... Y vuelta a empezar... Esto es necio!... Todo ello no tiene consistencia alguna; se cae ello solo.

Reflexiona:

—¿Son tantas como se dice, en verdad, esas objeciones?... Veamos. ¿Cuál es la principal? ¿Los hechos nuevos? Bueno, pues será raro; pero yo no los veo... ¡Nada!... ¡Que no los veo por ninguna parte!

Vuelve a pasearse:

—¿La ciencia?... Es tonto oponerla a la religión... Además, ¿qué objeción definitiva ha encontrado esa ciencia? Ninguna. . ¿Acaso los médicos viven doscientos años?... Los ingenieros, ¿han logrado hacer más feliz al obrero?

Se recuesta contra la pared:

—...He aquí cómo me figuro yo tener fe. Ante todo, creo en Dios... Si me sucediese encontrar un mondadientes en medio del desierto, me diría: «Alguien ha pasado por aquí...» Después creo que tengo un alma... ¡Cómo no, si la siento dentro de mí! ¡Vaya si la siento!... ¡Y la prueba es que me peleo con ello!... De ordinario, cuando uno pelea, es con otro... Entre Dios y el alma existen relaciones que son precisamente lo que se llama religión... De todas las religiones que pretenden ser la «religión», el catolicismo es evidentemente, sin duda alguna, la más hermosa... ¡Como que es la verdadera!... Luego yo soy católico... Ciertamente, no es menester calentarse mucho los cascos para hacer estos razonamientos; la cosa es clara, y basta tener sentido común para verla.

Siéntase y cruza las piernas:

—...Pero entonces..., si soy caólitico..., ¿por qué no serlo del todo? Indudablemente, mi situación es ridícula... Un francmasón es un francmasón... Un judío es judío... Un protestante es protestante... Pero yo soy católico ¡y no soy católico!... Porque, al cabo, un católico que no cumple por Pascua con la Iglesia, es como una iglesia que no tuviese altar...

Levántase bruscamente:

—Eso es necio y ridículo... ¡No hay escapel!... No, ninguno... ya lo ves, pues a pesar de tu talento, de tu condecoración... y de tu título de ingeniero de Caminos, Canales y Puertos..., en el fondo... ¡eres un necio!

Con gran viveza y gravedad:

—¿O es que acaso serías un...?

¡Sí... tuvieses miedo!... ¿Miedo de qué?... Miedo de todo..., como el buen San Pedro, que desfallecía ante la cocinera de Caifás... Miedo de mis criados..., o de mi sobrestante, o de mis peones..., o del masoncete de segunda fila a quien encuentro en el café... Miedo de todo. ¡Vamos!... En ese caso, amigo mío, la cosa será mucho más grave.

Medita un momento:

—...Sí; algo hay de eso... Pero, si así es, hay que irse derecho al bulto... Sí, sí; cuanto más pienso en ello, más claro lo veo... ¡Ah! ¡Es eso!... ¡No hay duda!... He puesto el dedo en la llaga... Es ciertísimo que me fastidiaría mucho que me vieses comulgar... A mis hijos les tiene sin cuidado... ¡Pero yo, no!... Yo soy aún del tiempo de Gambeta...

Va y viene; al cabo abre la puerta y coge su abrigo; el ayuda de Cámara corre a ayudarle:

—¿Sale el señor?...

—Sí; si la señora vuelve antes que yo, dile que no tenga cuidado si tardo algo; voy a confesarme...

El Criado:

—¡¡...!!

El, en la escalera:

—Ya era tiempo, querido: ciertamente, que te ha costado decírselo a Juan... Conveniente será repetírselo.

* * *

Una hora después, la señora, entrando en el solitario comedor:

—¿Y el señor?...

El criado:

—El señor ha salido.

La señora:

—¿No ha dicho cuándo volvería?

—...No sé...

—¿No le ha dicho nada?

—Sí..., es decir... sin decirme precisamente...

La señora, un tanto intranquila:

—¿Qué?... No comprendo...

El criado, cada vez más aturrido:

—Yo tampoco...

Oyese ruido de pasos en el corredor.

El criado:

—Me parece que le oigo... ¡Sí, es él!

En efecto; el señor entra muy sereno, y delante de su mujer, sus dos hijos y el criado, a quien hace señas de que no se vaya, dice, dirigiéndose a la señora:

—Voy a decirte una cosa que seguramente ha de agradarte.

Y pronunciando muy despacio todas las palabras añade:

—Vengo de confesarme...

Y como el criado le mira con ojos dilatados por la sorpresa, lo coge de los hombros y le dice:

—Suponte, amigo Juan; hacía ya doce años!.. ¿Y tú?

—Yo...

Juan retuerce, sonriéndose con poquísima gana, una punta de su mandil.

El señor:

—¡Bueno!; pues ya lo sabes, Juan... Hay vía libre...

PIERRE L'ERMITE.

Un gran ejemplo que imitar

—=—

Hace algunos años escribía el Padre Arendt acerca de la situación de los jóvenes obreros en Bélgica. «Entre un millón ochocientos mil obreros industriales de Bélgica, se cuentan quinientos mil jóvenes obreros y obreras de 14 a 21 años, de los cuales la mayor parte viven en una profunda miseria espiritual, moral e intelectual. La mitad de estos jóvenes han frecuentado las escuelas católicas, sin embargo, en muchas localidades el noventa por ciento de éstos jóvenes dejan toda práctica religiosa entre los 16 y 17 años. Estadísticas minuciosas prueban que en ciertas regiones valonas solamente un dos por ciento de los jóvenes cumplen con sus deberes

religiosos. Enormes sumas se han gastado en la primera enseñanza y que sin embargo no han dado todo el fruto que tendrían que dar. Se ha gastado también mucho en obras de preservación, sin embargo, muchos de estos jóvenes a los 17 o 18 años han abandonado los patronatos, porque como dicen ellos, no quieren ya más ser tratados como niños. Quieren imitar los malos ejemplos de los mayores».

Esta realidad vió el gran apóstol de la juventud belga, Cardijn. Hijo de un humilde trabajador, sintió muy pronto la vocación de Dios que le llamaba al sacerdocio. Su padre no podía pagarle la carrera y tuvo que compartir el duro trabajo manual con los estudios. Las privaciones y el pesado trabajo que tuvo que soportar su padre para alimentar su numerosa familia le hicieron muy pronto rendirse a la fatiga y morir agotado. Junto al lecho de su padre moribundo juraba aquel hijo obrero consagrar su sagrado ministerio a salvar a la clase obrera. Y comenzó el trabajo lento, de formación. Al principio cuatro jóvenes escogidos nada más, que se reunían, que se formaban, que planeaban. Y después el trabajo de apostolado lleno de dificultades, que así comienzan las obras de Dios. Su lema es salvar a la clase obrera por la clase obrera; que los mismos obreros sean los apóstoles.

Santificar el ambiente del trabajo en donde se ha de desarrollar la vida del obrero. Hacerlo no solamente bueno, sino apóstol que lleve su vida cristiana y su ardor de proselitismo cristiano hasta el taller, hasta la fábrica, hasta la mina. ¿Resultado? El Congreso que se tuvo en Bruselas el 25 de agosto último fué la muestra más clara del triunfo de la Juventud Obrera católica belga. Unos 100.000 jóvenes obreros se reunieron en la explanada de Leopoldo para oír la santa misa y después en el estadio de Heysel, para

el mitin y el coro hablado. De esos 100.000, unos 60.000 eran belgas. Ante la multitud se leyó la carta del Romano Pontífice, la voz del supremo Padre y Pastor que les anima a seguir adelante, a conquistar la masa obrera de jóvenes, a seguir en ese camino de apostolado de Acción Católica, que es el más apropiado para ganar a Cristo a sus hermanos. Espectáculo sublime, miles de banderas, una masa que se pierde de vista, inclinándose ante la Hostia santa, una multitud ingente que se levanta delirante a aplaudir al divino obrero de Nazaret.

Qué consuelo y aliento tan grande era en estos momentos de tantas turbaciones sociales, de la apostasía de las masas, en que no sabemos si la ola negra del comunismo va a invadir Europa y sumirlo en la miseria moral y en la barbarie, oír en el coro hablando preguntar y responder a aquella multitud.—¿Cuántos eráis hace tres años? Trescientos.—¿Cuántos sois hoy? Cien mil.—¿Cuántos seréis mañana? Millones, millones, millones. Juramos ganar a la clase obrera para Cristo.

En España hemos perdido a la clase obrera trabajadora de las grandes ciudades. Esta es la triste realidad. Todos sabemos que la masa que maneja el comunismo y socialismo para las revoluciones, para los crímenes sociales, para la propaganda subversiva está compuesta en gran parte de jóvenes. Si queremos salvar a la Patria, conservar lo que nos queda del matrimonio espiritual y recuperar lo perdido, ahí tenemos el ejemplo y el camino...

BORJA.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

¡Pensemos en los niños!

En estos momentos graves y dolorosos, para los que militamos en las filas católicas, son muchos los problemas que se nos plantean muchos, los males que piden remedio.

Entre todos estos problemas el que afecta a los niños, el que se refiere al alma de los pequeños amenazada intensamente, amenaza que con dolor profundo estamos viendo convertida en espantosa realidad, es el más triste, el que mana sangre, el que exige de nosotras una labor que por lo menos detenga el mal, paralice el daño, neutralice el corrosivo que está matando la fe, la inocencia, el amor a Dios, en esas almitas que no tienen defensa, que son presa fácil de las garras satánicas enseñoreadas en nuestra desgraciada patria.

Circula en México un grabado, que llegó a mis manos en el que se ve a la Virgen Santísima de Guadalupe con un niño mexicano en brazos, que ha arrebatado al demonio, y está rodeada de muchos pequeñuelos que le tienden la mano, que se aprietan contra Ella en demanda de amparo y de salvación.

También en España hemos de poner a los pequeños, a los niños que no frecuentan colegios ni escuelas donde se aprende religión, sino que van a escuelas laicas, por tanto ateas, en manos de María, sobre el Pilar Bendito, entre los pliegues de su manto, para que Ella, la Patrona Celestial de nuestra España arrebatte a esos niños de las uñas del laicismo, del comunismo que les convierte en esos «sin Dios o contra Dios», llenos de odio apesar de su tierna edad contra el Padre Dulcísimo que está en los cielos, contra ese Jesús que fué su Amigo Divino y que durante su vida mortal no quería que los pequeñuelos se separasen de El.

Pero hemos de hacer más. Tenemos que darnos sin regateos para este apostolado. Hemos de apoyar resueltamente a agrupaciones y asociaciones como «Cruzados de la Enseñanza» que tanto trabaja en este campo y trabajaría aun más si tuviera mayores medios económicos para desarrollar su programa salvador para la niñez. No nos deben doler los sacrificios que hagamos con este fin. El cuadro aterrador de esas criaturas que los soviets rusos, y los soviets españoles forman para que sean apóstoles del mal, apóstoles del odio a Jesús, del odio al Crucifijo que pisotean y escarnecen con furia diabólica al terminar las representaciones teatrales que usan como poderoso medio de propaganda, ha de sacudir hasta lo más pasivo, lo más inerte, lo más egoísta que tengamos dentro. Y si no se sacude... podemos decir que no tenemos remedio, que no merecemos llamarnos católicos que no somos de los seguidores de Jesús.

Precisamente estoy escribiendo en un día que hace más intensa la amargura y más vivo el anhelo de que tratemos por todos los medios que nos sean posibles de luchar por salvar a la niñez. Se celebra hoy la manifestación que quiere demostrar su gozo por el triunfo alcanzado. Por delante del balcón de la habitación donde escribo, una muchedumbre ebria de júbilo desfila en número considerable. Todo es rojo, banderas, lazos, camisas, todo menos el cielo plomizo y triste que se cierne sobre esas miles y miles de cabezas dentro de las cuales ya no hay sino odio a Dios, odio al capital, odio a todo lo que no sea lo que ellas quieren y desean. Con las personas mayores van muchos niños, ellos, con una escarapela roja, ellas con un lazo rojo en el pelo. Van, sin saber todavía bien a donde los llevan. Van arrastrados por ese oleaje humano que ha olvidado que existe un Dios

que solo beneficios hizo al hombre, que existe un cielo que ellos desprecian, que tienen una Madre a la que de pequeños aprendieron a amar, que hay una fraternidad que une a los que vivimos aquí abajo pero que ellos han reemplazado con una ferocidad implacable que no quiere escuchar a quien hablade amor y caridad.

¡Pobres niños! Cuando de regreso a sus casas intenten volver a tomar sus juegos infantiles habrá algo dentro de sus corazones que se lo impida. Cuando quieran coger el sueño por delante de los ojos de no pocos de ellos pasará la visión aterradora de hombres que vociferan, que amenazan. Verán como una cinta roja pasar por sus pupilas, que antes, no contemplaban estas escenas que se dan entre los mayores, pero que los pequeños debieran ignorar. Y sus oídos escucharán cantos terribles, exclamaciones que ellos apenas entienden pero que han quedado grabadas en sus almas, semilla dolorosa que a la larga dará un fruto pernicioso y terrible.

¡Pobres niños! Ellos no debieran jamás ser mezclados en estas contien- das, en estos odios que separan a los que son hijos de Dios aunque no lo quieran. Ellos debieron de permanecer ajenos a todo este movimiento mundial que el infierno ha procurado. Decidme los que me leéis, ¿seremos aún remisos en hacer todo, absolutamente todo, sin regateo ninguno, sin pensamiento propio, sin que nos duela sacrificio alguno por duro que sea, para salvar a nuestros niños españoles que el demonio, por medio de sus secuaces, quiere perder, quiere arrancar del lado de Jesús y del Corazón de su Madre?

¡Dejad, oh dejad que los niños se acerquen a Mí!, dijeron un día los labios divinos, labios que sabían bendecir, consolar y compadecer.

¿No escucháis cómo nos lo pide desde el Sagrario donde a pesar de

las horrendas profanaciones sigue morando para ser nuestro Refugio, nuestro Consuelo, nuestra Fortaleza, para dársenos todas las mañanas y descansar en nuestros corazones?

¡Salvadme a los niños! murmura Jesús. Salvadme a los pequeñuelos. Se los llevaron... los enseñaron a odiarme. Ya no aman a su Amigo Divino. Ya no se acercan a Mí. Ya no conocen a mi Madre. Vosotros los míos, los que me recibís, los que me amais, mirad y ved si hay dolor semejante a este dolor mío, trabajad, luchad, sed apóstoles defended a los niños. Devolvedme los niños.

En las horas de agonía que sufrió el Papa Pío XI se le vió llorar varias veces. Al preguntársele por qué lloraba contestó: «No lloro, no, porque me han quitado mis Estados, me han privado de mi libertad, no, pero lloro, si, porque me han arrebatado el alma de los niños».

De punta a punta de nuestra patria hoy resuena como el eco de la lamen- tación divina porque los niños se se- paran de El. ¡Es Jesús que sufre y llora porque han dado muerte al alma de tanto pequeño y no admite consue- lo mientras esas almitas no vuelvan a su Corazón, mientras no le llevemos niños salvados por un apostolado que es urgente, que es sagrado, que no admite dilación!

MARÍA DE ECHARRI

La Virgen de las Huertas

Se venera en la parroquia de San Francisco y San Eulogio. Es una anti- gua imagen tallada en madera y se trajo a esta Iglesia cuando se suprimió la parroquia de San Nicolás de la Axerquia donde se le había dado bas- tante culto y donde tuvo una cofradía con limpieza de sangre.

Enseñanzas de lo alto

Sobre la peligrosa pendiente

El ilustre Cardenal Primado, Doctor Gomá, acaba de publicar un documento dirigido a los sacerdotes de la Archidiócesis de Toledo, en el cual toca el problema principal que tiene planteado nuestra sociedad: el de la educación religiosa.

Era lógico que se plantease la lucha en el terreno religioso. Así lo hacían sospechar las pesadas conmociones políticas, en las cuales creemos que el elemento político era abiertamente secundario y religioso el principal. «Una generación más—ha dicho el Cardenal Primado—y la indiferencia de nuestro pueblo se trocará en irreligión».

El año 1843 publicaba el insigne Jaime Balmes un artículo en el que hacía examen profundo de la situación, bajo este título llamativo y sintomático: «Todavía hay tiempos peores que los de la revolución».

Se hacía cargo el insigne polígrafo de que habría de parecer a muchos extraña paradoja proposición tan peregrina, y que se les haría recio creer, que la revolución, hija de la corrupción y del error, personificación de la fuerza levantada contra la ley, no significara por sí misma la peor de las calamidades.

Por eso se apresuraba a razonar su pensamiento, penetrando profundamente en lo más íntimo de la sociedad y descubriendo en ella, que la desorientación de la conciencia colectiva por falta de principios, era evidentemente un mal mucho mayor que la fuerza de toda la revolución.

¿Por qué—decía él—ese sistema de equilibrios imposibles «a manera de volatines, ora inclinándose a la derecha, ora a la izquierda, ora hacia adelante, ora hacia atrás, gastando inútil-

mente las fuerzas en conservar actitudes violentas», sino porque no había posibilidad de fundamentar una política serena en la conciencia nacional?

Grandes son los infortunios que arrastra consigo el furor de la revolución. La fuerza del derecho parece debilitarse y en la vida pacífica de los ciudadanos hace su aparición temerosa la violencia.

Balmes había llegado a describir muy por menudo estos períodos, haciendo un estudio detallado de «los escándalos repugnantes, inmoralidades asquerosas, vilezas, manejos, corrupción, y todo lo más detestable que puede lanzar sobre la tierra el genio del mal».

Pero después de haber comentado a su sabor tales estragos, añade: sobre tan terribles males hay otros todavía más terribles. Y son esos males, cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raíz, cuando en medio de las delicias de la paz, de la prosperidad, de los intereses materiales y de la engañosa ilusión producida por un ficticio aumento de las fuerzas del Estado, se destruyen las creencias religiosas, se extravían las ideas morales, se enervan los ánimos con voluptuosos goces, se nutre un desmedido orgullo, se fomenta la vanidad aflojando de esta suerte todos los lazos sociales y domésticos, entronizando el culto de los intereses materiales sustituyendo a la virtud el egoísmo, a los sentimientos nobles y elevados la mezquindad y villanía de pasiones astutas y rastreras.

Encontramos una consoladora semejanza, que tanto dice en favor del talento previsor del filósofo de Vich, entre las palabras transcritas y la declaración que, en ocasión memorable, hacia el Comité arzobispal de la Acción Católica Francesa.

Es preciso, decían los Prelados franceses, realizar una verdadera cruzada por todo el territorio del Estado recor-

dando los fundamentales principios que rigen la vida religiosa, la vida civil, la vida social.

Alguna vez tendremos ocasión de comentar más por menudo los principales preceptos que recordaban los Arzobispos franceses. Tiene, para nosotros, capitalísimo interés cuanto se refiere a los que rigen «el estado social actual» tan frecuentemente olvidados en la vida práctica por todos, por los grandes y por los pequeños.

Pero ahora queremos fijar nuestra atención en las palabras que describen la misión de la Iglesia, la grandeza de su magisterio, la reverencia con que han de recibirse sus enseñanzas.

La Iglesia tiene el derecho y el deber no solamente de enseñar las verdades que han de creerse y los preceptos que han de observar, sino también de dictar a los individuos, a las familias, a las sociedades, la aplicación de estos principios y de estos preceptos, y, en fin, de juzgar y de condenar, según sea necesario a individuos o colectividades que niegan tales verdades y desobedecen tales preceptos.

No es una escuela de filosofía. Es una sociedad fundada por Nuestro Señor Jesucristo, que tiene, con respecto a todos sus hijos, una misión de conciencia y de salvación.

La autoridad de la Iglesia, por lo tanto, se extiende a toda la vida moral del cristiano, ya se trate de la vida individual, familiar, profesional, nacional, y aun internacional.

Sería, por tanto, minorizar y falsear la misión de la Iglesia, reducirla al simple objeto de enunciar principios, arrebatándole la dirección cotidiana de nuestras vidas.

Esta misión directa de la sociedad cristiana compete, en primer lugar, a la jerarquía.

El bien supremo que nosotros podemos en este momento pretender es que no se toque la independencia de

la Iglesia. Que ella pueda realizar para todos y en todos los campos su misión magnífica de difundir los principios salvadores, que rigen la vida civil y social.

Así podrá emprenderse esa cruzada de reeducación de la que habla el Cardenal Primado. Las verdades dogmáticas del catecismo, los preceptos morales de la ley de Dios y las consecuencias sociales de este catecismo y de estos preceptos, enseñados por la Iglesia y por las asociaciones que están junto a la Iglesia, con los que forman el fondo de ese programa, tras del cual se halla la vida pujante que todos deseamos a nuestra religión.

Si ante este programa persistimos suicidamente en negar el apoyo que la Iglesia nos pide, será realidad la triste profecía según la cual «una generación más, y la indiferencia de nuestro pueblo se trocará en irreligión».

La ciegucecita del Gólgota

Madrecita, madrecita querida, he tenido un sueño. Oyeme, quiero decirte cómo ha sido este sueño:

Mil veces me has dicho, madrecita mía de mi corazón, y de tí lo he aprendida, que la tradición sagrada es testimonio sin palabras, escritura clarísima sin signos, voz potente sin sonido, monumento venerable sin escultura ni busto. Herencia es, transmisora de verdades, secreto que con el aliento de una generación que muere penetra en el oído de otra generación que nace. Cadena sin fin de almas unidas por el amor. Estima, madrecita, mi cuidado por lo bien que yo me sé cuanto tú me enseñas.

Muchos son los héroes que la Historia enumera, muchos los Santos que la Iglesia nombra y glorifica. ¿Pero cuántos héroes desconocidos habrá y

cuántos justos, cuántos mártires cuyo nombre nos es desconocido? Tal vez éstos sean los predilectos de Dios. Sin duda la modestia es la más excelsa virtud, y ni en el Cielo descorren este velo debajo del cual luce el alma de mayor santidad; y así, Dios las guarda en lo más íntimo de su amor y júntalas y concierta con los más grandes misterios de su infinita sabiduría.

Librólas de toda humana profanación, hasta de la mano mundana del hombre.

Como las hierbezuelas y florecillas puestas entre las arideces y rozasca durísimas y asperezas camino del Calvario, que es en casi todas partes arenisco y guijarroso. ¿Quién sabe el nombre de aquellas florecillas, algunas de las cuales tuvieron sobre sí el contacto suavísimo de los pies de Jesús, ensangrentados, de huesos desencajados y descarnados, abiertos por el pesadísimo madero de la Cruz? ¿Hubo luego manos que recogieran y guardarán como reliquias aquellas florecillas, teñidas tal vez en la preciosa sangre del divino Redentor?

He soñado que yo era una todavía añorada doncella, y que me hallaba en Jerusalén, en aquellos tiempos de la Sagrada Pasión. Con mi risa jovial de niña granjeábame las voluntades, y como en mis ojos resplandecía el cándido esplendor de la más pura inocencia, recibíanme todos complacidamente.

Vestía túnica de rica, y pendían de mis orejas ricos aretes de oro.

Festivo mi corazón, crédula mi inteligencia, viva y libre mi voluntad; ingenua y curiosa mi alma, nada temía, todo bien esperaba y a todo bullicio y contento hallábame como muy aparejada y dispuesta.

Sucedió que cerca de la casa en que, al parecer yo vivía, hubo de pasar cierto día una numerosa muchedumbre de personas de la ciudad; era de varias clases de gentes; mujeres,

hombres, mozalbetes, niños y ancianos, pobres y ricos, levantaban casi todos los brazos, poniendo muy en alto ramos de palmas, y algunos deshojaban ramos y flores, esparciéndolas para cubrir el suelo. Daban gritos de alegres exclamaciones.

¡Hosanna, hosanna!— clamaban— ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Este es el hijo de David! ¡Gloria a él! ¡Hosanna en lo alto de los cielos!

Uníame yo a aquel público regocijo, alzaba yo la voz repitiendo las aclamaciones que oía, y sonábame mi voz como un timbre de campana de plata y suave sonido de flauta de oro.

Veía yo que caminando montado en un asnuelo iba el hombre a quien aclamaban por hijo de David.

Hermoso era como el mismo sol. Llenábase el alma de contento al verlo. Entallado su cuerpo como juncia ciprea de olor que se derrama en aroma suavísimo. Vieras cuán honesta y graciosamente caíanle a los lados de su blanca marfilina frente los cabellos largos y espesos, «como renuevos de palmas». La cabeza tenía, ni enderezada que fuera altivez, ni inclinada que perdiera majestad. Bien dijeron que sus ojos eran de paloma, que así en ellos relumbraba la dulzura y esclarecía la inocencia. Bien de aquellos purísimos labios plácidos sin sonrisa, castos y breves, derramábase la benevolencia, y en ellos daba enseñanza la mansedumbre y humildad. Era aquella cara de revelación, de amor perenne y puro como amor divino.

Yo le ví, madrecita mía, le ví, él, él era, y confieso que más se daba amor en él que en mi alma, harto embelesada, y deleitada, y regocijada, delante de aquella hermosura que irradiaba una íntima, castísima, infinita alegría.

¿Dónde me fuí después? Rodeábanme mis siervos y condujéronme a mi rica morada. En mi alma quedó la imagen de aquel que decían el Mesías,

y delante de su recuerdo toda tristeza se desvanecía, toda tiniebla se desgarraba, todo tedio quedaba mitigado y complacía mi alma gozosa en aquella memoria de tan celestial hermosura.

Bueno fuera que cuantos quisieran librarse de tétricos pensamientos, temor de penosos trabajos, negras ideas, tuvieran la inefable imagen de Jesús, el Hijo de Dios.

Un día ocurrió que otro bullicio, y no de júbilo, sino de estruendo y medroso estrépito, no rumores, ni voceríos, alegres, como el de aquel otro en que con un sol relumbrando fulgentísimo en un cielo azul sin nubes e iluminado un suelo cubierto de flores, voces regocijadoras, concertadas por un mismo sentimiento de gloria, aclamaron al hijo de David; eran gritos airadísimos y desgarrado voceríos, rugientes bramidos, aullidos feroces, horrendas blasfemias, soeces insultos, imprecaciones brutales, sacrílegas maldiciones. Vime en la calle entre gentes de caras torvas, de lividez verdosa, como si fueran la faz misma de la ira y de la envidia. Populacho grosero y feroz, soldadesca cínica y ebria. Apedreaban a un criminal.

Yo no le veía; él iba penosamente caminando cargado con su pesada cruz, y a veces agobiado caía al suelo. Apenas pude al fin divisar su bulto y el del enorme madero que llevaba sobre sus hombros. El polvo y el calor me ahogaban.

¡Oh, qué horrible pesadilla! ¡Cuánto no padecería el desgaciado reo, siendo así que yo, libre de todo peso, y solo con ir empujada por la turba camino del calvario, sentía mortal angustia! Madrecita mía, qué espantoso sueño, tiemblo al solo recordarlo.

No sé el tiempo que transcurrió desde que con la muchedumbre seguí el camino dicho hasta que llegamos a la cumbre del monte.

Yo nada vi, a nada atendí, hasta que

halléme enfrente de los reos puestos en sus respectivos suplicios, y entonces en la cruz, que de las tres se hallaba, vi, ¡oh, que horror!, dijeronme que aquél era el antes aclamado como hijo de David, como el que había de ser bendito por ser enviado del Señor

Espantoso espectáculo, madre mía, era ver su cuerpo marcado de cárdenas manchas, rajado de azotes, punzado de garfios, lacerado y manando sangre. Aquel castísimo cuerpo en vergonzante desnudez, aquella majestad en vilísimo ludibrio, aquella omnipotencia en presión de clavos. Mas ¡ay, madre mía, breve fué, pero aparecióseme en su rostro mayor hermosura que la hermosura que en él vi el día en que aparecióseme triunfante entre palmas y ramos de laurel!

De cierto, madre mía, que no eran sus cabellos como de finísimo oro, ni le caían rizadamente por sus sienes, sino apegotados por negra sangre que le manaba de mil menudísimas heridas de las púas agudísimas de la corona de espinas que rodeaba su frente y hasta su nuca. No era de rosa la color de su rostro, sino blanca y exangüe y acardenalada; los labios secos y blanquecinos. Aquellos sus ojos no eran de paloma, sino de víctima en la agonía, y, sin embargo, madrecita de mi alma, más grande parecióme su hermosura, porque en su amarga placidez de resignación dábese la Divina misericordia, y en sus ojos el amor sublime de Dios, perdonando a sus verdugos.

Amable eres, oh Dios, cuando sereno tu rostro y lleno de Dulcísima apacibilidad y alegría llamas a los niños junto a tí, o predicas el Evangelio, o lleno de modestia y mansedumbre recibes las aclamaciones en Jerusalén.

Pero verte quiero siempre como ahora te veo, porque el verte así lléname de santo amor y amor ardientísimo; lloro, hácesme aborrecer todas las falsas alegrías y pasajeras delicias

de la vida, pensando en que soy ingrato si olvido que diste por mí tu vida, tu sangre, y siendo Dios aceptaste un suplicio de víctima criatura.

Cegué entonces, madre mía, cegué, ¡Rasgó el cielo un relámpago y abrasó mis ojos! Nada veía yo sino siempre en mi alma la imagen sublime del Dios mártir, el santo Crucifijo español el que siempre tuvieron nuestros padres pronunciando voz de penitencia. Cegué, cegué... Luz de otra luz no vista, como dijo San Agustín; luz eterna y siempre potentísima llenaba mi alma por el Crucificado, fuente inagotable de luz, veía la inmensidad del amor de mi Dios a nosotros sus miserables criaturas, manantial inagotable de misericordia... Cuerpo crucificado, sagrario de divino corazón, la Cruz es tu trono de triunfo.

Pues bien, madrecita mía, al despertarme he tenido pena, no estaba ciega veía los objetos y a las personas, las cosas y los seres mundanos que nos alejan de Dios. Cegar quiero, esto es, alejarme para solo ver siempre en mí aquella majestad del dolor, magnificencia de la misericordia, infinito amor de nuestro Dios.

Madre mía, este deseo de cegar para el mundo y sus alegrías es deseo de ver siempre, siempre en mi alma la imagen bendita del Crucificado, que me mueve a la santa tristeza cristiana, a la valerosa resignación, a la esperanza, en fin, que así habla a los espíritus fuertes, la grande, la severa, la tierna, la sublime aparición de Cristo crucificado.

¡Ojalá yo sea siempre la ciegucecita del Gólgota!

JOSÉ ZAHONERO

Lea V. «El Defensor»

De mis recuerdos

—=—

(Una página de Pereda)

Una tarde *gris* con intermitencias de sol tibio; una iglesia pobre y vieja sobre una mesa pedregosa con jirones de césped y matas de arbustos bravíos; una extensa campiña verde con fondos lejanos de cerros ondulantes y de erguidos montes gallardamente escalonados. En el porche de la iglesia, corrillos de aldeanos hablando y plisando quedo, por reverencia a lo que acontece en el santo lugar el día señalado. Dentro de la iglesia, el viejo Párroco y su feligrés, no mucho más joven, sentados en un banco de elevado espaldar, delante de un tenebrario, y cantando las lamentaciones de Jeremías. En la capilla mayor y lleno de luces, el Monumento, cuya armazón está cubierta de colchas y pañuelos muy vistosos, que se extienden después en dos alas, a diestro y siniestro, hasta los respectivos muros de la iglesia. Al pie de las gradas del Monumento, *echada* la Cruz sobre un paño negro y descansando sus brazos en dos almohadas guarnecida profusamente de lazos de colores, además de plata, acericos y relicarios.

Los fieles, que llenan casi todo lo desocupado del templo rezando fervorosos o *andando* en grupos el Calvario, y a veces como para acompañar al murmurio de los rezos o al cántico de las tinieblas, el sonido tenue de la humilde moneda de cobre al caer en el platillo colocado junto a la Cruz yacente.

En el *cuerpo* de la iglesia, los dos *Pasos*, en sus correspondientes andas, que han de salir en la procesión; el de la Dolorosa, que no es muy grande, y el de los «Judíos», que lo es y pesa mucho, pues representa a Jesús atado a la columna, flagelado por dos sayones: tres esculturas no modelos

de arte seguramente, pero de buen tamaño y bien macizas: por eso tienen sus andas ocho brazos.

Por fin se apaga la última candela del tenebrario, y se oye la palmada del Cura sobre su libro, cerrado ya; y los chicuelos que hormigueaban entre los hombres del portal, armados de cachiporras los más de ellos, comienzan a golpear desaforados todo lo que suene, como los postes que sostienen la achacosa tejavana, y hasta las hojas mismas de la puerta principal, los afortunados que tienen carraca a voltearla furiosamente, y los que no tienen cachiporra ni carraca a piafar sobre los morrillos del suelo con sus herradas almadreñas. El caso es hacer ruido... hasta que apareció el Cura en la meseta del pórtico.

Detúvose allí, calláronse todos en cuanto le vieron, y dijo con voz alta, dirigiéndose a los del portal:

—Seis hombres para el Paso de la Virgen.

—Hay cuatro—respondió un buen mozo señalando a otros tres que le acompañaban.

El Párroco les dió las gracias con un gesto, y volviéndose a recorrer todo el concurso con la vista, tornó a decir:

—Ocho para los judíos.

—Hay seis—respondió en un lado un fornido mocetón.

—Hay cuatro—dijo en seguida otro más fornido aún saliendo al frente desde el lado opuesto con los tres que mantenían su atrevido arranque.

Produjo en los presentes aquella valentía rumores de entusiasmo, y en el señor Cura cierta expresión de asombro placentero. Con ella en la cara dió por terminado el asunto, y se volvió a la iglesia, adonde le siguieron los mozos triunfadores en la puja, y se dispuso a seguirle la gente del portal.

Que no le siguió por de pronto, porque aparecieron en él, por el bo-

quete del Norte, dos *penitentes*, cuya inesperada presencia allí suspendió los ánimos de todos. Vestían luengas túnicas muy bastas, con alta caperuza y muy caído antifaz; iban descalzos, embarrados los pies y los vestidos, y llevaban a cuestras sendas cruces de madera en bruto, muy grandes y de mucho peso. No era extraño el suceso en toda la comarca, ni nuevo en aquella iglesia, pero sí poco frecuente. Según algunos forasteros que por curiosidad los acompañaban desde su pueblo, cuyo sagrario habían visitado ya, los penitentes llevaban *andadas* a aquellas horas seis Estaciones, es decir, recorridos seis pueblos que nombraron; y esto lo sabían los restantes por otros curiosos que lo habían seguido hasta el de ellos. Lo que no se sabía a punto fijo era de qué lugar procedían, ni quiénes eran, ni por qué pecado hacían aquella dura penitencia, que debió comenzar por la mañana y no podía terminar sino bien entrada ya la noche. Nadie los había visto comer ni beber ni descansar, ni siquiera ponerse *a subio* para defenderse de los chubascos y granizadas que habían caído alrededor del mediodía.

Llegaban, pues, muy quebrantados de fuerzas, y bien se les conocía en el andar, y sobre todo, cuando subieron los escalones del pórtico para entrar en la iglesia.

Tras ellos iba toda la gente que había fuera, y vieron como los de adentro, muy admirada y respetuosa, les iba abriendo paso hasta las gradas del Monumento, donde se postraron de rodillas, uno a cada lado de la Cruz, sin aliviar los hombros del peso de las suyas.

Mientras oraban allí venerando al Sacramento, se iba formando la procesión que había de seguir su carrera acostumbrada alrededor de la iglesia, por el camino más largo y dificultoso; una *cambera* desnivelada áspera, fes-

toneada, a trechos, de bardales, mimberas y saúcos que ya empezaban a reverdecer. Todo este camino había de recorrer sin descanso alguno; y en ese estaba el toque de la puja entre los bravos mozos para conducir los pasos, especialmente el de «los Judíos».

Salió al fin la procesión, haciendo cabeza de ella un hombre descalzo, revestido con un alba de desecho envueltas en un lienzo la cara y la cabeza, y con un gran Crucifijo alzado. A este personaje le llamaban allí el *Fartseo*. Detrás de él iba el Paso de «los Judíos», cuyas andas crujían con el peso de las tres esculturas, mal aseguradas al tablado por largos tutores de hierro que a menudo rechinaban en sus embrillas roñosas. Después, y a una regular distancia, iba la Virgen; y entre este Paso y los niños de la escuela que precedían al Sacerdote y sus acompañantes, se colocaron los dos penitentes, hecha ya su visita al Monumento. La masa de feligreses cerraba la procesión que fué entrando poco a poco en su carrera.

De las viviendas inmediatas y de las callejas y senderos que confluían en aquel punto iban saliendo apresuradamente los últimos rezagados del lugar, e incorporándose a la piadosa comitiva; las mujeres cubriéndose la cabeza con un pañuelo o con el chal de gala, y los hombres vistiéndose la chaqueta de los domingos. Las casas quedaban desiertas, los animales recogidos y los hogares apagados, y como la vasta campiña y la brumosa cordillera y el cielo mismo, sombrío y anubarrado, todo en silencio inmóvil y melancólico. Todo parecía sumido en hondas meditaciones y pendiente de los salmos que entonaba el pobre Cura de aldea, con voz trémula y fatigosa, únicos sonidos que se percibían en toda la extensión de aquel grandioso escenario de la naturaleza entristecida y solitaria.

Según andaba lentamente la procesión, disgregábanse de tarde en cuando, de la masa del fervoroso cortejo, hombres y mujeres, que por las laderas altas del camino se adelantaban hasta los Pasos; y por lo tímido del andar, lo respetuoso del continente y lo anhelante de la mirada, en cuanto la fijaban en ellos, no parecía sino que buscaban en aquella representación tangible, viva, de lo que allí se conmemoraba, una fuerza imaginativa más poderosa que la de sus meditaciones en la sangre que corría por las espaldas de Jesús a los golpes de sus verdugos, en la que goteaba de las heridas abiertas por las espigas de su corona y en la cuerda que ataba sus manos, como las de criminal, la magnitud del sacrificio del Hijo de Dios por amor a sus criaturas, a las mismas que tan despiadadamente le atormentaban en la faz amargurada de la Virgen Madre, la intensidad de sus inenarrables angustias y dolores, ¡y quién sabe si del logro de sus piadosos deseos!; de haber visto y sentido, por este medio, cuanto anhelaban ver y sentir entonces, nacía aquella singular expresión de sus ojos al fijarlos después en los dos penitentes desconocidos que iban arrastrando pesada cruz de pueblo en pueblo en alivio de sus propias culpas, que tal vez eran leves, y en desagravio del Redentor del mundo y de los hombres.

La crítica mundana, que se paga mucho de la superficie y del aparato teatral de las cosas, ¡cuánto hubiera hallado merecedor de sus burlas en aquel espectáculo tan desprovisto de primores del arte y de las pompas del lujo! Y, sin embargo, allí, en la traza risible los dos penitentes y bajo el pobre y abigarrado aspecto de aquel apiñado concurso de honrados campesinos que sabían descubrir la realidad del dolor en la imperfectas imágenes, y sentirle y llorarle en sus corazones, se guarecía, como en su propio

albergue, la fe sin nubes, sencilla, profunda y arraigada; la fuerza poderosa que traslada los montes, redime los pueblos y dignifica los hogares.

Cuando la procesión volvió a la iglesia los fieles todos cayeron de rodillas, y dirigidos por el Cura elevaron a Dios una plegaria de perdón. ¡Y era cuanto había que oír aquel coro de voces de todos los matices imaginables, nutrido concordado llenando clamoroso y resonante, los ámbitos del templo! Escena verdaderamente sublime, así por la ocasión, como por la grandeza de su sencillez.

Tan pronto como la iglesia volvió a quedar en silencio, salieron de ella los dos penitentes, ya cerca del anochecer, y tomando el camino de la Vega, se les vió desaparecer muy pronto en una de sus hondonadas, seguidos por algunos muchachos que no tardaron en volverse por miedo a la noche que ya estaba encima, y de las bendiciones de la gente que admiraba su piedad heroica y aplaudía su ejemplo edificante.

JOSÉ M. DE PEREDA

Bibliografías

El Evangelio y los Evangelios.—por *Joseph Huby*. Traducción española por Romualdo Galdós.—Ediciones FAX. Plaza de Santo Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid.—19 X cms., 224 páginas; 5 pesetas.

Quiere el autor con este libro facilitar a los lectores el acceso a esa Fuente de aguas vivas que brotan y saltan hasta la vida eterna, que son los Evangelios. El capítulo primero, titulado «El Evangelio oral», explica, por decirlo así, el proceso psicológico e histórico que tuvo por efecto el que los discípulos de Jesucristo, que habían recibido oralmente su doctrina

la llegasen a condensar en la composición escrita.

Los cuatro capítulos que siguen van destinados, respectivamente, a los cuatro Evangelios: en cada uno de ellos estúdiase primero lo referente a su autor y después los rasgos característicos del Evangelio que escribió. Estos rasgos característicos, no sólo se refieren al fondo y al fin peculiar que cada evangelista se propuso, distinto según las gentes a que inmediatamente se dirigía, sino también a la forma y estilo; todo lo cual supone un fino estudio psicológico y etnográfico, que, al par que hace comprender al alcance de muchos detalles hace admirar muchas bellezas que de otro modo pasarían inadvertidas.

Excusamos decir, siendo el autor quien es, la profundidad y saber, que el cimiento y la armazón de toda la obra, pero si indicaremos la sensación de agrado y amabilidad con que se sigue la sabia exposición. Si el autor se ha propuesto introducir al lector en el conocimiento de los Evangelios lo ha conseguido plenamente: después de leer su obra siéntese como una impaciencia por tomar en las manos de nuevo el Sagrado Texto, en la seguridad de encontrar mucha más hermosura y provecho, merced a las enseñanzas del trabajo del P. Huby.

**

Fascismo. Catolicismo. Monarquía, por el Marqués de la Eliseda.—Ediciones FAX. Plaza de Santo Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid.—22 X 15 centímetros, 212 páginas; 5 pesetas.

Para reflejar exactamente el pensamiento del autor nos parece el medio más adecuado dar los lectores las líneas que se ha trazado para el desenvolvimiento de los varios capítulos. Son las siguientes:

Introducción: Principios universales

del fascismo.—Revolución y Contrarrevolución.—Lutero, Rousseau, Marx.

La Edad Media: Concepto que el vulgo tiene de la Edad Media.—Qué era la Edad Media.—Edad Media y Renacimiento.—Protestantismo: Su significación.

La Revolución francesa: Naturalismo. Enciclopedismo. Rousseau.—Situación de Francia al advenimiento de la Revolución.—El contrato social: Su trascendencia.—Verdades y mentiras sobre la Revolución francesa.—Napoleón.

El socialismo: Liberalismo político y liberalismo económico. Adam Smith. Desarrollo del liberalismo económico.—Situación de los obreros después de la desaparición de los gremios.—Carlos Marx. El socialismo.—Quiebras fundamentales del marxismo.—Imperio del materialismo.—El fascismo frente a la Revolución.—Significación del fascismo.

Ensayos contrarrevolucionarios: El Padre Ceballos. Los carlistas.—Hegel, Schelling, Fichte.—Burke. Gremialismo inglés.—León XIII. «Liber-tas» y «Rerum Novarum».—La Tour du Pin. Veillot. L'Action Francaise y Maurras.—La Monarquía.—El Ejército.—Avance de la Revolución en Francia.—La Sociedad de Naciones.—España.—Inglaterra y la Revolución.—Mussolini, portaestandarte de la Contrarrevolución.

El fascismo: El estado liberal y la autoridad.—Dictadura: legalista y cesarista.—Fascismo y Acción.—Legitimidad de la violencia.—La Dictadura de Primo de Rivera.—Licitud del ejercicio de la violencia.—Espiritualismo del fascismo.—Concepto de lo que son los derechos en el hombre.

Toda la correspondencia al administrador de esta REVISTA diríjase a la calle Ambrosio de Morales, 6.

XXXIII Congreso Eucarístico Internacional

Circular del Comité de Publicidad para propaganda

En 1643 se publicó en París un libro por Antonio Arnault. Como efecto inmediato de este libro propagóse por toda Europa un espíritu de temor y espanto hacia el Sacrificio de La Misa y la recepción de la Santa Comunión. Para despertar otra vez la idea y el objeto pristino de la Sagrada Eucaristía, «el maná y la vida de nuestras almas», «un acceso seguro a Dios» se emprendió una porfiada lucha contra las doctrinas heréticas de Arnault. Debido al carácter excesivamente rigorista de su doctrina la herejía se calificó de Jansenismo. Dos siglos más tarde, después que el Jansenismo hubo casi desaparecido, en el mismo país, en el mismo norte de Francia, en el pueblo de Lille se celebró el primer Congreso Eucarístico. Tal vez éste Congreso fué el fruto de una semilla sembrada cinco siglos antes al otro lado de la frontera en Bélgica. El primer Congreso, Junio 21, 1881, se debió a los esfuerzos del Obispo Gastón de Segur. Al principio se quiso que el Congreso fuese algo puramente local, pero de tal manera entusiasmó y cautivó el ánimo del público, y tal devoción despertó al Santísimo Sacramento, que el año siguiente se celebró otro Congreso en Avignon reinando en él un entusiasmo tan grande como el que hubo en el anterior de Lille.

Era muy justo que el primer Congreso celebrado fuera de Francia se celebrara en Lieja. Pues aquí en el año 1246, Roberto de Thoreté, Obispo de Lieja, convocó un sínodo y ordenó la celebración de la Fiesta de Corpus Christi. En aquel tiempo el Arzobispo de la Provincia de Lieja era Jacques

Pantaleon, quien como Urbano IV publicó la Bula «Transiturus», extendiendo la Fiesta del Corpus Christi a toda la Iglesia.

Desde 1881 muchos países de Europa tuvieron el privilegio de celebrar Congresos Eucarísticos. Hace poco que las calles de Chicago resonaron con los himnos en alabanza del Santísimo Sacramento; la América del Sur acaba de tener su Congreso Eucarístico. Ahora, por primera vez, se celebrará el Congreso Eucarístico Internacional en el Extremo Oriente. Manila será el centro del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional.—Febrero 3 a 7, 1937.—Este favor se debe a la fervorosa petición del Sr. Arzobispo de Manila. La aprobación del Comité Permanente de Congresos Eucarísticos fué recibida en Octubre de 1934. Inmediatamente, los Arzobispos y Obispos de Filipinas dirigieron a los fieles una carta pastoral proclamando este glorioso honor, y hubo regocijo y gratitud en el clero y en el pueblo fiel.

En tiempo de los Apóstoles, y durante los primeros tres siglos, los Cristianos recibían fervorosamente la Santa Comunión diariamente. Ordinariamente la Misa se celebraba sólo una o dos veces a la semana, y los Cristianos estaban facultados para poder guardar la Sagrada Eucaristía en su casa y comulgar diaria y privadamente. Este fervor disminuyó mucho a causa del Arianismo y casi se extinguió por motivo de las invasiones de los bárbaros. Aunque parezca paradójico, la Comunión diaria alcanzó su nadir el tiempo de Santo Tomás quien compuso el oficio para la fiesta del Corpus Christi. El pueblo fiel tenía en aquel entonces grande devoción al Santísimo Sacramento en formas diferentes de la Misa. El Congreso Eucarístico Internacional se propone un doble objeto: o sea el culto a la Sagrada Eucaristía como Sacrificio y como expuesta a la veneración de los

fieles, y así combina las devociones propias de las dos épocas clásicas en la historia del Santísimo Sacramento. Así el objeto del Congreso es el atraer al mundo de nuevo a la recepción frecuente del Santísimo Sacramento y a rendir homenaje y reverencia a la Preciosa Carne y Sangre de Nuestro Señor en la Santa Eucaristía.

Debido a la reciente inauguración de la Mancomunidad, se ha escrito mucho acerca de Manila y numerosas fotografías del acontecimiento han corrido por todo el mundo. Esta publicidad debe disipar toda idea falsa de que Manila carece de las comodidades modernas y debe excitar el interés del mundo Católico para visitar estas playas.

Manila, la capital de la nueva nación está situada en la isla de Luzón, una de las siete mil islas que componen el Archipiélago. Estas islas tienen una población de catorce millones, siendo Católicos el ochenta y dos por ciento de estos. Para la administración espiritual de estos Católicos hay solamente mil cuatrocientos sacerdotes, ochocientos de los cuales son nativos.

El número de sacerdotes dedicados al trabajo parroquial es considerablemente menos de mil cuatrocientos, pues muchos de éstos están ocupados en trabajos educacionales en Manila y demás pueblos importantes. Así no es raro hallar a un sacerdote administrando a cuarenta mil fieles. Es imposible que el «Pan de Vida» se divida frecuentemente para uso de ellos, o que ellos se junten en sus humildes iglesias para «rendir homenaje y reverencia a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento». Ojalá el Sacerdote Eterno, movido por los sacrificios y celo de los filipinos en hacer del Congreso un éxito, envíe más trabajadores a esta viña.

Muchas de las actividades del Congreso tendrán lugar en la Catedral de Manila bajo la advocación de la Inma

culada Concepción. La Catedral es la Iglesia más grande en la ciudad y su actual construcción data del año 1870. Según la que se proyecta, la mayor parte de las ceremonias al aire libre tendrán lugar en la Luneta. En la sección sur de la ciudad, el «Jose Rizal Memorial Stadium» será testigo de las ceremonias de menos importancia al aire libre. Cerca de la Luneta, el Pier 7, el pier más grande en el Oriente, puede dar anclaje a cuatro de los más grandes buque transpacíficos. El *Empress of Russia* de la *Canadian Pacific Company*, ha sido fletado por la «Boring Traveling Agency», de Nueva York. Este vapor servirá de hotel para los visitantes, en vista de que las facilidades de acomodo de los hoteles de Manila son muy limitados. El *Empress* proveerá todas las comodidades de un hotel moderno y estará anclado muy cerca de la Luneta.

Inmediatamente después de anunciada la decisión de celebrar el Congreso en Manila, se formarán varios comités para atender a los diversos detalles. Su Excelencia Mons. Miguel O'Doherty, Arzobispo de Manila y padrino del Congreso, asumió el oficio más alto, juntamente con el Arzobispo de Cebú, Mons. Gabril Reyes, como presidente honorario. Tal vez, el trabajo del Comité de Publicidad es el más difícil y sin embargo, el más importante. No es trabajo fácil el suscitar el interés de los Católicos para viajar alrededor de medio mundo para asistir al Congreso.

El primer fruto de sus esfuerzos fué la formación del «Philippines Commonwealth», el periódico católico de las Islas, y el órgano oficial del Congreso. Cada semana se dedica una sección especial del periódico a las últimas noticias acerca del Congreso. Periódicamente, el Comité de Publicidad envía nuevos despachos e informes a todos los Obispos y periódicos Católicos de todas partes. Estos

despachos son traducidos al lenguaje de su destino. El púlpito, la prensa y el radio se usan para avivar el interés del pueblo.

Otro trabajo del Comité es el Escudo del Congreso. El fondo del escudo es dorado, con rayas blancas en el bordo que representan los colores pontificios y también la madurez del trigo y la blancura del pan ázimo. En el centro hay una gran cruz de hierro y un Cáliz y una Hostia descansando sobre la unión de los brazos transversales. En la izquierda de la sección superior está la «Trinidad», la nave de Magallanes, quien desembarcó en las playas de Cebú el año 1521. La primera Misa en Cebú está pintada sobre el lado opuesto. El escudo Pontificio está representado en la izquierda inferior, con el sello de la Mancomunidad Filipina en el lado derecho. Finalmente la Catedral de Manila está pintada en la sección más baja del escudo.

La medalla que se ha acuñado para el Congreso es semejante en el diseño al escudo, pues, en un lado está la Catedral de Manila y en otro la medalla representa la primera Misa celebrada en Cebú. Los desconcertados indígenas y los españoles están arrodillados en adoración piadosa, mientras la Sagrada Hostia se eleva. Esta medalla será modelada en plata y aluminio. La primera se dará a los donantes de grandes sumas para el Congreso, mientras aquellos que contribuyan con pequeñas sumas recibirán la medalla de aluminio.

Se está haciendo arreglos con el Buró de Correos para emitir un sello especial para el Congreso. El sello se imprimirá en color rojo (dos centavos) y azul (seis centavos). Sobre el sello estará el Escudo Eucarístico. Naturalmente, el fin del sello es conmemoral este suceso solemne para Filipinas y también publicar el Congreso. Se han propuesto planes al Buro de Escuela Privadas para las

modificaciones necesarias en el programa escolar para dar oportunidad a los estudiantes de asistir al Congreso. En Filipinas hay pocas escuelas parroquiales y ya que el ochenta y dos por ciento de la población es católica, se sigue que la gran mayoría de los niños en las escuelas públicas con Católicos. Se espera obtener los mismos arreglos de las Autoridades de las Escuelas Públicas.

Durante los pocos meses pasados hubo muchos Congresos Eucarísticos parroquiales y provinciales. Estos se celebran en pueblos grandes. La celebración comienza el Viernes por la mañana con un repique de campanas y Misa solemne. El Santísimo Sacramento está expuesto durante el Congreso. El Club Bellarmino (Catholic Evidence Guild) ha demostrado ser muy valioso organizando conferencias y discusiones públicas durante los Congresos. El objeto de estos Congresos es intensificar la devoción del pueblo y hacerlos comprender la gran distinción concedida a estas Islas con el Congreso Internacional. Su objeto se podría expresar con las palabras de San Pablo: «que ellos (él) puedan presentar una Iglesia gloriosa que no tenga macha o arruga o cualquier otra cosa parecida; sino que sea santa y sin ninguna mancha».—Eph. 5-27.—Al terminar el domingo hay una procesión por el pueblo. Como esta se lleva a cabo al anochecer forma todo ello un cuadro muy interesante. Hombres y mujeres y también niños de los pueblos vecinos participan en la procesión. Todos llevan una candela encendida y como la mayoría de los asistentes se visten de trajes nativos, toda la escena es muy hermosa.

La procesión es dirigida por un destacamento de «boy-scouts» o de una organización militar. Después siguen las cofradías y otras sociedades religiosas de la parroquia. Los Seminaristas preceden inmediatamente el palio

y todo el tiempo cantan himnos en honor del Santísimo Sacramento. A lo largo del camino las casas son decoradas con faroles y banderillas multicoloras colgando de las ventanas. El primer Congreso tuvo lugar en Bocaue, Bulacan. Desde entoces se han celebrado otros en San Fernando, Tabayase, y en las Islas Visayas. El Obispo, Mons. Francisco Reyes, de las provincias bicolanas, está visitando cada Iglesia en su diócesis. Durante su visita, que dura tres días, procura estimular la devoción del pueblo. Estos Congresos provinciales son como otras tantas hogueras cuyo calor y brillo se convertirá en una inmensa conflagración de fervor cuando el «Gran Congreso» tenga lugar.

En el último Congreso de Buenos Aires tuvieron lugar muchos actos conmovedores de pecadores que, dominados por el entusiasmo de la ocasión y magnetizados por decirlo así por el espíritu de fe que llenaba el ambiente, se confesaron y acercaron al altar. Aunque el número de asistentes en estos Congresos provinciales es considerablemente menos que el del Congreso Internacional, sin embargo el entusiasmo y la reacción espontánea del pueblo presagian muchas escenas maravillosas en el próximo Congreso Internacional.

Actualmente se están dando ejercicios para los niños y niñas en las escuelas públicas. Este trabajo está bajo la dirección del Comité Espiritual. El mismo Comité está disponiendo un ramillete espiritual para el Santo Padre. El trabajo intenso del Comité Espiritual comenzó el primer domingo del Año Nuevo. Cada mes se predicán sermones especiales que tratan del aspecto doctrinal e histórico de la devoción al Santísimo Sacramento. Una dificultad que entorpece la labor de todos los comités es el número considerable de dialectos nativos en las Islas. Se están publicando hojitas en

todos los dialectos nativos para que todos puedan acercarse al Sacramento del Divino Amor.

Como se ha dicho previamente, hay una carestía de clero nativo en Filipinas. Sus pésimos efectos se pueden ver en la inmoralidad dominante en muchas partes de las Islas y también en la indiferencia que domina la vida de muchos. Ciertamente el Sumo Sacerdote Eterno apreciará los sacrificios de los filipinos. Su Corazón será consolado por las numerosas muestras de devoción Eucarística que tendrán lugar en los humildes barrios y en las majestuosas iglesias. Estos Congresos durarán por un año y medio. Son un coro continuo de alabanzas en honor del Santísimo Sacramento, siempre aumentando en volumen y en sinceridad. Que el Señor de la cosecha envíe operarios a esta viña para que los filipinos tengan «seguro acceso a Dios», y puedan continuamente rendir honor y reverencia al Señor en el Santísimo Sacramento, quien se complace en estar con los hijos de los hombres.

Los que cruzáis sedientos

Hace un alto Jesús en el camino
y a la vera de un pozo se ha sentado
que límpido refleja y cristalino
su rostro allá en el fondo ha dibujado.

¡Horas de atardecer!, cielo rojizo
que baña en suaves tintes los trigales,
y es su beso crepúsculo agostizo
las llamas de esas horas estivales.

Una mujer del pueblo, ruborosa
ve Jesús acercarse débilmente
su cántaro a llenar muy afanosa
al limpio manantial de aquella fuente.

Requírela Jesús con dulce acento
y otras aguas de vida le promete:
saciar El con su vena ese tormento,
esa sed que a las almas acomete.

«Señor, dice, mi labio en los charcales
hundí del vicio con pasión rastrera,

nunca el agua probé de tus raudales
que las ansias del alma refrigera.

¿Y donde está, Señor, esa tu fuente
de los sedientos apagar podamos
al limpio resbalar de su corriente
esta hidrópica sed en que abrasamos?...»

«Venid, venid, los que cruzáis sedientos
llorado sin cesar vuestra derrota,
apagad vuestra sed y los tormentos
del agua viva que mi pecho brota.»

¡Almas que vais con vuestra sed ardiente
y cruzáis los caminos de la vida
calmando vuestra sed en cada fuente!,
pedidle la que brota eternamente
a raudales copiosos de su herida,

VICENTE PANIAGUA S. J.

Teatros y Cines

Teatros

En el Teatro de la Zarzuela se ha estrenado la comedia de don Ramón Perelló y J. Fernández de Córdoba, titulada «La novia del Cante», comedia de gitanos en que los autores tratan de redimir a la raza. Presentan al gitano que ensueña en serio con la dignificación de la clase y se incorpora a la vida intelectual y a la «cantao-ra» sin más pasión que su cante.

Llegan los autores en su obra a convertir a unos de los «cañís», en jurisconsulto y diputado a Cortes. Lo demás transcurre entre cañas y manzanilla y fandanguillos cantados y tocados por Paquita Alonso, el Niño de Utrera, Pena, hijo, y el Niño Sabicas. Hay una gitanilla que es solicitada en amores por dos galanes y que puesta en el dilema se queda sin ninguno para dedicarse en alma y vida al cante.

Y esta es la razón del título de «La novia del Cante». El valor principal de la comedia es el de su limpieza y corrección, apenas turbada por alguna frase.

—«El arte de pescar marido» come-

dia traducida del alemán por Ricardo Hicken, se ha estrenado en Alkázar.

Es una diatriba acerada que va dirigida a las madres que proporcionan a sus hijas una educación superficial, pero sin fundamento para ser mujeres de su casa.

El autor, Adolfo Stohltzer, ha tramado las escenas con cierta habilidad utilizando constantemente un tono divertido y ameno. No hay nada contrario a la moral y sí, como decimos, una marcada buena fe en la intención.

Paulina Singermán, Blanca Tapia, Julia Ciamponi, Pepita Muñoz y los señores Fregues García Burh, Serrano y Martínez, completaron el éxito de autor y traductor.

—En el María Isabel se ha estrenado una comedia infantil de Magda Donato y Salvador Bortolozzi, que titulan «Pipo y Pipa en el país de los borriquitos».

El héroe infantil y su insuperable compañera gozan de un prestigio bien ganado entre el diminuto público y de ahí que la sola presencia de la simpática pareja sea saludada con vítores y aplausos.

La bruja de costumbre en esta clase de cuentos, encanta a una amiguita del héroe y este por salvarla, corre varios peligros, de los que sale airoso a fuerza de su valor y astucia.

La comedia está plagada de complicaciones cómicas muy a tono con el público para el que está escrita y contiene algunos chistes y situaciones capaces de desarrugar el entrecejo a los adultos.

Cines

«La marca del vampiro» es un film policiaco en el que todo lo misterioso sirve de motivo para la investigación de un crimen.

El tema de los vampiros ha sido llevado con diversa fortuna a la pantalla y en esta película se ofrecen en forma humana como «cadáveres vivientes», que abandonan sus tumbas de noche

para succionar la sangre de amigos y deudos a la luz de la luna.

El gran actor Lionel Barimore ha acertado en la interpretación del protagonista de esta cinta, que se estrenó en la pantalla de «Fígaro».

«Palacio de la Prensa» ha presentado «La novia secreta», un tema policiaco con ribetes políticos que mantiene la atención de los espectadores hasta el fin con la habilidad de desorientación acerca del posible delincuente.

La interpretación muy a tono aunque resulta algo fría en algunas escenas. Nada se opone a la moral sino a los crímenes y suicidios inherentes a los azares de la vida aventurera propia de ambiente en que la película se desenvuelve.

—Sin asunto o mejor dicho con asunto insustancial es el fin estrenado en Rialto y que lleva por título «Una mujer en peligro».

Trata la cinta de la curación de un neurasténico que piensa en el suicidio con la estratagema de médico, El tipo del repugnante señorito calavera que celebra un banquetta de despedida de la vida; los lances infantiles de miedo y de misterio que no impresionan, todo ello se representa en la pantalla y hasta una escena de espiritismo de lo más manido y ridículo.

La interpretación a cargo de Castrioto, el gran cómico, y de Antoñita Colomé, es lo mejor de la cinta.

—«El gato montés», conocida zarzuela española, ha sido trasladada al celuloide con poco éxito, pues carece de dirección, según los diarios madrileños que tenemos a la vista. Andalucía, Sevilla sobre todo, pierden en manos tan poco escrupulosas toda su belleza y encanto folclórico.

Es absurda la visión del «Paso» de la Cofradía de la Esperanza de Triana por la cárcel. «La Cruz de Mayo» es otra ofensa a Sevilla, ni las escenas de toros tienen visualidad.

Moralmente es aceptable.

**¡Los enemigos
de la mujer!**

**INAPETENCIA
ANEMIA
NEURASTENIA
MAREOS
INSOMNIOS**

La frágil naturaleza de la mujer, acosada por estas enfermedades, se resiente y debilita, apresura su envejecimiento y pone en peligro su vida

Estas enfermedades
se combaten rápidamente
con el Jarabe de



HIPOFOSFITOS SALUD

Con este tónico reconstituyente, el organismo adquiere un vigor insospechado. Sus componentes dotan de hierro a la sangre, fortifican los huesos con el cal-

cio y transmiten al cerebro y a los nervios el fósforo necesario. Es un maravilloso estimulante del apetito, que nutre y se asimila fácilmente.

LAXANTE SALUD

Adóptelo contra el estreñimiento y la bilis. Es suave, rápido y seguro. Grageas en cajitas precintadas. Pídase en farmacias.

Aprobado por la Academia de Medicina.
Puede tomarse en todo tiempo.
Es inalterable. No se vende a granel.

VINOS PUROS DE VID

PARA CONSAGRAR

*elaborados conforme a lo resuelto por la
Congregación del Santo Oficio*

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

(Propietario-Cosechero)

MANZANARES (ESPAÑA)

Esta casa no exporta más vinos que los elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Autoridades eclesiásticas.



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.

NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

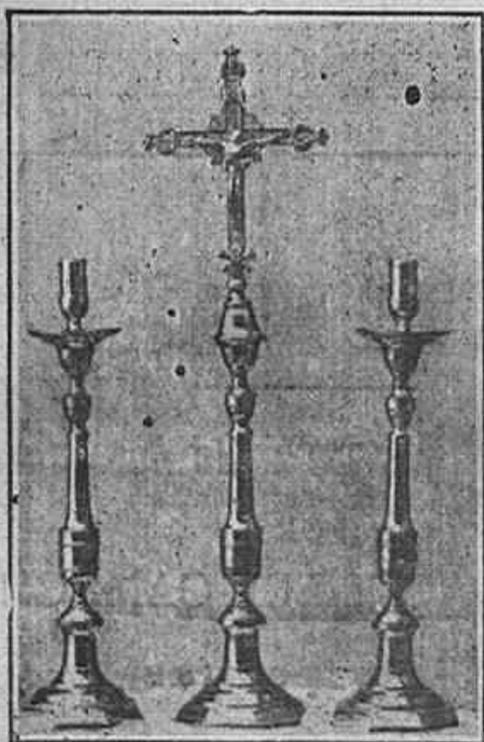
Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

FUNDICIÓN DE BRONCE

y objetos de metal



Pedro Osona Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases